

## ESCENA II.

El lugar de la escena el mismo de la última del acto anterior.

EL VIEJO MOOR sentado en una piedra. Enfrente su hijo  
CARLOS. Ladrones diseminados por la selva.

CARLOS.—¿No viene todavía? (Hierre con su puñal una piedra que despide chispas.)

EL VIEJO MOOR.—Que el perdón sea su castigo... mi venganza, duplicado amor.

CARLOS.—¡No, por la rabia de mi alma! Eso no debe ser. No quiero que sea. Que arrastre conmigo al infierno ese gran crimen... ¿Por qué le he de matar?

EL VIEJO MOOR. (Rompiendo á llorar.)—¡Hijo mío!

CARLOS.—¿Cómo?... ¿tú lo lloras? ¿junto á esa cárcel?

EL VIEJO MOOR.—¡Misericordia! ¡Oh, misericordia! (Retorciéndose las manos con desesperación.) Ahora... ahora es juzgado mi hijo.

CARLOS. (Con horror.)—¿Cuál?

EL VIEJO MOOR.—¡Ah! ¿Qué pregunta?

CARLOS.—¡Nada, nada!

EL VIEJO MOOR.—¿Has venido para burlarte de mis lamentos?

CARLOS.—¿Conciencia traidora!... No hagáis caso de mis palabras.

EL VIEJO MOOR.—Sí; yo he atormentado á un hijo, y otro ha de atormentarme para que la mano de Dios... ¡Oh, Carlos mío! ¡mi Carlos! Si tú voltejas á mi rededor como ángel de paz, ¡perdóname! ¡oh! ¡perdóname!

CARLOS. (Con rapidez.)—Os perdona. (Disimulando.) Si merece llamarse vuestro hijo... debe perdonaros.

EL VIEJO MOOR.—¡Ah! Era conmigo demasiado generoso... pero quiero salir á su encuentro, con mis lágrimas, con mis noches de insomnio, con mis sueños medrosos, y abrazar sus rodillas... gritar... gritar en voz alta: «He pecado contra tí y contra el cielo. No soy digno de que me llames padre.»

CARLOS. (Muy conmovido.)—¿Amabais mucho á ese otro hijo?

EL VIEJO MOOR.—¡Tú lo sabes, oh cielos! ¿Por qué me dejé engañar de las astucias de otro mal hijo? Un padre bienaventurado era yo entre los padres. Junto á mi florecían mis hijos de bellas esperanzas. Pero... ¡hora fatal!... el ángel del mal inspiró al menor; yo me fié de la serpiente... y perdí los dos. (Ocúltase el rostro.)

CARLOS. (Aléjase de él.)—¡Perdidos para siempre!

EL VIEJO MOOR.—¡Oh! Conozco la verdad profunda de lo que Amalia me decía. El espíritu de la venganza hablaba por su boca. En vano extenderás hacia tu hijo tus manos en la hora de la agonía; en vano desearás apretar la mano generosa de tu Carlos, que jamás se acercará á tu lecho.. (Carlos le ofrece su mano, volviendo la cara.) ¡Si ésta fuera la mano de mi Carlos!... Pero yace léjos en mansión estrecha, duerme ya el sueño eterno, y no oye mis quejas lastimeras... ¡Ay de mí! ¡Morir en brazos de un extraño!... Ningún hijo ya... ningún hijo ya, que pueda cerrar mis ojos...

CARLOS. (Con emoción violenta.)—Ahora debe ser... ahora... dejadme solo. (A los ladrones.) Y sin embargo... ¿puedo yo presentarle también su hijo?... no puedo devolverle su hijo... ¡No! Yo no quiero hacerlo.

EL VIEJO MOOR.—¿Cómo, amigo? ¿Qué murmuras ahí?

CARLOS.—Tu hijo... sí, anciano... (Balbuceando.) Tu hijo... está... está perdido para siempre.

EL VIEJO MOOR.—¿Para siempre?

CARLOS. (Implorando al cielo en la ansiedad más horrible.)—

¡Oh! ¡solo ahora!... no dejes sucumbir mi alma!... ¡conserva mi entereza! ¡solo ahora!

EL VIEJO MOOR.—¿Para siempre dices?

CARLOS.—¡No preguntes más! ¡Para siempre te digo!

EL VIEJO MOOR.—¡Extranjero, extranjero! ¿Por qué me has sacado de mi prisión?

CARLOS.—¿Y qué?... si yo ahora le arrancara su bendición fraudulentamente... ¡sí! como un ladrón, y me huyese con ese botín celestial... Las bendiciones paternas, se dice, son fuente de bienes duraderos.

EL VIEJO MOOR.—¿También mi Franz perdido?

CARLOS. (Arrodillándose delante de él.)—Yo recorrí los cerros de esa cárcel... ¡dáme tu bendición!

EL VIEJO MOOR. (Con dolor.)—¿Y tú, libertador del padre, quieres matar al hijo?... Mira; la divinidad no se cansa de ser misericordiosa, y nosotros, pobres gusanos, nos vamos a dormir con nuestra cólera... (Pone su mano en la cabeza de Carlos.) Sé feliz, si eres compasivo.

CARLOS. (Levantándose con humildad.)—¡Oh!... ¿en dónde está mi energía?... mis músculos sin vigor... el puñal se escapa de mis manos...

EL VIEJO MOOR.—La concordia entre los hermanos, que viven juntos, es tan dulce como el rocío que baja desde el Hermón sobre la montaña de Sión... aprende a gozar de este placer, joven, y los ángeles del cielo resplandecerán en tu gloria. Que tu prudencia sea la de los ancianos, pero tu corazón... tu corazón el de un niño inocente.

CARLOS.—¡Oh! ¡un sabor anticipado de este deleite! Bésame, anciano celestial.

EL VIEJO MOOR. (Besándolo.)—Figúrate que es el beso de un padre, y yo imaginaré que beso a mi hijo... ¿Puedes tú llorar también?

CARLOS.—¡Pensaba que era el beso de un padre!... ¡Ay de mí, si ahora lo trajesen! (Los compañeros de Schweizer se

presentan en silencio, cubiertos los rostros, con los ojos bajos y tristes.) ¡Cielos! (Retrocede asustado e intenta ocultarse; ellos se acercan á él, que se aleja; larga pausa; detiéndense ellos.)

GRIMM. (Con voz baja.)—¡Mi Capitán! (Carlos no contesta, y retrocede más.)

SCHWARTZ.—¡Mi querido Capitán! (Carlos se aleja aún más.)

GRIMM.—¡Somos inocentes, mi Capitán!

CARLOS. (Sin mirarlos.)—¿Quiénes sois?

GRIMM.—¿No nos miras? Tus leales compañeros.

CARLOS.—¡Ay de vosotros, si me habéis sido fieles!

GRIMM.—El último adiós de tu fiel Schweizer... no volverá más tu fiel servidor Schweizer.

CARLOS. (Con viveza.)—Así ¿no lo habéis encontrado?

SCHWARTZ.—Lo encontramos muerto.

CARLOS. (Saltando alegre.)—¡Gracias, Arbitro de todas las cosas!... ¡Abrazadme, hijos míos!... La compasión sea desde ahora nuestra divisa... Si ahora hubiese pasado esto... todo habría también pasado. (Vienen más ladrones con Amalia.)

LOS LADRONES.—¡Viva, viva! ¡Una presa, una soberbia presa!

AMALIA. (Con el cabello suelto.)—Los muertos, exclaman, han resucitado á su voz... mi tío vivo... en esta selva... ¿en dónde está? ¡Carlos! ¡Tío!... ¡Ah!

(Precipítase sobre el anciano.)

EL VIEJO MOOR.—¡Amalia, hija mía! ¡Amalia!

(Estréchala contra su corazón.)

CARLOS. (Retrocediendo.) ¿Quién trae esta imagen ante mis ojos?

AMALIA. (Dejando al anciano, saltando sobre Carlos y abrazándolo delirante.)—¡Es mío, oh cielos! ¡Es mío!...

CARLOS. (Arrancándose de sus brazos, á los ladrones.)—¡Alejaos de aquí vosotros! El demonio me vende.

AMALIA.—¡Mi prometido, mi prometido! ¡Tú deliras!... ¡Ah! ¡por tu inmensa alegría! ¿Por qué yo tan insensible, tan fría en este torbellino de placer?

EL VIEJO MOOR. (Levantándose precipitadamente.)—¿Tu prometida? ¡Hija, hija! ¿Un prometido tuyo?

AMALIA.—¡Eternamente suya! ¡Eterna, eterna, eternamente mía!... ¡Oh, poderes celestiales! ¡Libradme de este placer mortal, que yo no sucumba bajo su peso!

CARLOS.—¡Arrancadla de mi cuello! ¡Matadla! ¡Matadla! ¡a mí! ¡a vosotros! ¡a todos! ¡Desplómese el orbe entero!

(Quiere huir.)

AMALIA.—¿A dónde? ¿Cómo? ¡Amor... eternidad! ¡Dicha... infinita! ¿Y tú huyes?

CARLOS.—¡Lejos, lejos!... ¡la más infeliz desposada! ¡Mira tú misma... pregunta tú misma... oye! ¡Padre el más infortunado! Dejadme huir de aquí para siempre.

AMALIA.—¡Sostenedme! ¡Sostenedme, por Dios!... ¡las tinieblas cubren mis ojos!... ¡él huye!

CARLOS.—¡Demasiado tarde!... ¡En vano... tu maldición, padre!... no me preguntes más... yo soy, yo he... tu maldición... tu maldición presunta... ¿Quién me ha traído aquí con engaño? (Acometiendo á los ladrones con la espada desenvainada.) ¿Quién de vosotros, hechuras del infierno, me ha traído aquí con engaño? ¡Muere, pues, Amalia!... ¡Muere, padre! ¡Muere por tercera vez por causa mía!... ¡Estos tus libertadores son ladrones y asesinos! ¡Tu Carlos es su capitán! (El viejo Moor exhala el postrer aliento: Amalia queda muda é inmóvil como una estatua, y toda la banda en un silencio solemne; Carlos corriendo contra una encina.) Las almas de todos aquellos, que yo ahogué en la embriaguez del amor... de los que hice pedazos en medio del más placido sueño, de los que... ¿Oís la explosion del polvorin sobre los lechos de las parturientas? ¿Veis las cunas de los niños de pecho, devoradas por las llamas? ¡He aquí tu antorcha nupcial... la música de tus bodas!... ¡Oh! no olvida nada... sabes enlazar los hechos... ¡Así, lejos de mí los goces del amor! ¡Para mí sólo sus torturas!... ¡esta es mi remuneración!

AMALIA.—¿Es verdad? ¡Señor del cielo! ¡Es verdad!... ¿Y yo qué he hecho, cordero inocente? ¿Yo lo he amado?

CARLOS.—Esto es más de lo que puede sufrir el hombre. Sin ceder una pulgada de terreno he desafiado la muerte, que lanzaban silbando contra mí millares de armas de fuego, ¿y tiemblo ahora ante una mujer?... No; una mujer no abate mi entereza... ¡Sangre, sangre! Es sólo una conmoción mujeril... Yo beberé sangre, y pasará. (Quiere huir de allí.)

AMALIA. (Abrazándolo.)—¡Asesino! ¡Demonio! Ángel eres para mí, y no puedo abandonarte.

CARLOS. (Separándola.)—Véte, serpiente tentadora; intentas burlarte de un furioso; pero yo desafío á la tiranía del destino... ¿Cómo? ¿tú lloras? ¡Oh astros maléficos é injustos! ¡Finge llorar; finge llorar por mi alma! (Amalia estrecha su cuello.) ¡Ah! ¿qué es esto? ¡ella no me rechaza, no huye de mí!... Amalia, ¿has olvidado? ¿sabes á quién abrazas, Amalia?

AMALIA.—¡A mi único, á mi inseparable amante!

CARLOS. (Gozoso en celestial éxtasis.)—¡Me perdona, me ama! Puro soy como el azul del firmamento; ella me ama... ¡Gracias con lágrimas á tí, Dios misericordioso del cielo! (Cae de rodillas, y llora copiosamente.) La paz ha vuelto á mi alma, sus tormentos desaparecen, el infierno no la ocupa ya... ¡Mirad! ¡oh! ¡mirad! Los hijos de la luz lloran abrazados á Satanás, que también llora! (Levantándose, á los ladrones.) ¡Llorad vosotros! ¡Llorad, llorad! ¡Seréis así tan felices!... ¡Oh Amalia, Amalia, Amalia! (Pendiente de sus labios permanecen mudos ambos.)

UN LADRÓN. (Adelantándose colérico hacia ellos.)—¡Detente, traidor! suelta tus brazos... ó pronunciaré una palabra que zumbará en tus oídos, y hará rechinar tus dientes de horror. (Pone su sable entre los dos.)

UN LADRÓN VIEJO.—¡Recuerda las selvas de Bohemia!

¿Oyes? ¿Tiemblas?... debes acordarte ahora de los bosques de Bohemia, desleal, ¿y tus juramentos? ¿Tan pronto se olvidan las heridas? Cuando nosotros sacrificábamos por ti la dicha, el honor y la vida, y como murallas te defendíamos, y como escudos parábamos los golpes dirigidos contra ti y que amenazaban tu vida, ¿no levantaste tu mano, jurando solemnemente que no nos abandonarías, si nosotros no te abandonábamos?... ¿Sin honor y perjuo! y ¿retrocedes por el llanto de una mujerzuela?

UN TERCER LADRÓN.— ¡Ah del perjuo! ¡El alma de Roller, sacrificado, cuyo testimonio evocas desde el imperio de los muertos, se ruborizará de tu cobardía, y armado, se levantará de su tumba para castigarte!

LOS LADRONES. (Rasgando sus vestidos.)— ¡Mira, mira! ¿Cónoces estas cicatrices? ¡Tú eres nuestro! Con la sangre de nuestro corazón hemos comprado tu esclavitud; tú eres nuestro, aunque el arcángel San Miguel haya de venir á las manos con Moloch... ¡Vente con nosotros! ¡Sacrificio por sacrificio! ¡Amalia por la banda!

CARLOS. (Dejando caer su mano.)— ¡Esto se acabó!... Quería convertirme al bien, y acercarme á mi padre; pero el que está en el cielo dijo que no. (Con frialdad.) Débil, loco yo, ¿por qué lo deseaba? Tan gran pecador, ¿puede convertirse? Un malvado no puede nunca mejorarse, y yo debiera saberlo... Tranquilízate, pues, te ruego; tranquilízate... es justo... Yo no he querido, cuando Él me huseaba; ahora, que yo lo busco, Él no quiere, ¿qué más natural?... No mires, por tanto, de esa manera amenazadora... Él no me necesita para nada. ¿No tiene muchedumbre de criaturas? Fácilmente puede privarse de una, y esa soy yo... ¡Venid, compañeros!

AMALIA. (Rechazándolo.)— ¡Detente, detente! ¡Un golpe, un golpe mortal! ¡Abandonada de nuevo! Saca tu espada, y compadécete de mí.

CARLOS.— La compasión voló ya... yo no te mataría.

AMALIA. (Abrazando sus rodillas.)— ¡Oh, por amor de Dios, en nombre de la misericordia! Ya no quiero más amor, porque sé bien que allá arriba nuestras estrellas son enemigas... la muerte es sólo lo que pido... ¡Abandonada, abandonada! ¡Abandonada por completo en toda su horrible verdad! ¡No puedo sobrevivir! ¡Ya comprendes que ninguna mujer puede soportar este golpe! ¡Morir es ahora mi único afán! Mira, mi maro tiembla. No tengo valor para herirme; el brillo del acero me acobarda... ¡para ti es esto tan fácil, tan fácil! Eres maestro en asesinar; saca tu espada, y soy feliz.

CARLOS.— ¿Quieres serlo tú sola? Véte; yo no mato mujeres.

AMALIA.— ¡Ah, asesino! Tú matas solo á los afortunados, y desprecias á los que están hartos de la vida. (Volviéndose hacia los ladrones.) Apiadaos, pues, vosotros de mí, vosotros, discípulos del verdugo... Hay en vuestras miradas tal compasión, ávida de sangre, que consoláis con ellas al desdichado... Vuestro maestro es un vano y cobarde fanfarrón.

CARLOS.— ¿Qué dices, mujer? (Los ladrones se vuelven.)

AMALIA.— ¿Ningún amigo? ¿Ni un amigo entre estos? (Animándose.) Que Dido me enseñe á morir. (Al alejarse un bandido le apunta.)

CARLOS.— ¡Detente! ¿Quién se atreve?... La amada de Moor sólo debe morir por su mano. (La mata.)

LOS LADRONES.— ¡Capitán, capitán! ¿Qué haces? ¿Has perdido la razón?

CARLOS.— (Contemplando fijamente el cadáver.) ¡Herida mortalmente! Esta convulsión, y después... nada... ¡Ahora, mirad! ¿Tenéis más que pedir? Me habíais sacrificado una vida, una vida que no era vuestra, una vida de horrores y de oprobio... Yo os he inmolado un ángel. ¡Mirad, pues, bien! ¿Estáis ahora satisfechos?

GRIMM.—Has pagado tu deuda con usura. Has hecho por tu honra lo que no haría hombre alguno; vente ahora.

CARLOS.—¿Lo crees así? ¿No es verdad que la vida de una santa por la vida de foragidos es un cambio desigual?... ¡Oh! Yo os aseguro que si cada uno de vosotros se viese sobre un cadalso de sangre, y se le hubiera de arrancar la carne á pedazos con tenazas ardiendo, y el martirio durase once días largos de verano, no compensaríais estas lágrimas (Con amarga sonrisa.) ¡Las cicatrices! ¡Los bosques de Bohemia! ¡Sí, sí! ¡Sin duda había que pagarlo!

SCHWARTZ.—¡Sosiégate, capitán! ¡Ven con nosotros! ¡Este espectáculo no es para tí! Llévanos lejos.

CARLOS.—Deteneos... Una palabra antes de alejarnos... Atended, infames instrumentos de mis órdenes bárbaras... desde este instante dejo de ser vuestro capitán... Con vergüenza y horror depongo aquí este sangriento bastón de mando, bajo del cual os creíais autorizados para delinquir, y deslustrar la luz del cielo con obras tenebrosas... Idos á derecha é izquierda... Nada haremos ya juntos en adelante.

LOS LADRONES.—¡Ah, cobarde! ¿Qué fué de tus magníficos proyectos? ¿Fueron ampollas de jabon, que el soplo de una mujer deshizo?

CARLOS.—¡Oh insensatos como yo, que presumía embehecer el mundo con horrores, y reformar las leyes con la ilegalidad! Yo llamaba derecho á la venganza... Yo me proponía, ¡oh Providencia!, aguzar el filo de tu espada, y corregir tus obras parciales... pero... ¡oh vano y pueril intento!... al borde de una vida de crímenes, y á costa de ayes y de rechinamiento de dientes, averigüé tan solo que dos hombres como yo acabarían con todo el edificio del mundo moral. Gracia, gracia para el niño que te ha querido sobrepujar... La venganza es lo que sólo te pertenece. La mano del hombre es inútil para tí. Sin duda no depende

ya de mi recobrar lo pasado; lo perdido, perdido queda; lo arruinado, no se levantará más... Pero algo me resta con que expiar la ofensa hecha á las leyes, y sanar la obra infausta del desorden. Exige una víctima... una víctima, que haga ostentarse, ante la humanidad entera, su inviolable majestad... Yo mismo soy esta víctima. Yo mismo sufriré la muerte por ella.

LOS LADRONES.—Quitadle su espada... intenta matarse.

CARLOS.—¡Cuán locos sois! ¡Cuán ta es vuestra ceguedad! ¿Creéis acaso que un pecado mortal sea el equivalente de muchos? ¿Creéis que la armonía del mundo se logre por medio de esta disonancia atea? (Tirándoles á los pies sus armas con desprecio.) Ha de poseerme vivo. Voy yo mismo á entregarme á la justicia.

LOS LADRONES.—¡Encadenadlo! Está loco furioso.

CARLOS.—Y no porque yo dude que me encontrara á tiempo, cuando así lo decretasen más altos poderes. Pero pudiera sorprenderme durante el sueño, ó alcanzarme en la huida, ó abrazarme por las armas ó la violencia, y entonces perdería yo el único mérito de morir voluntariamente por ella. ¿Por qué he de ocultar yo más largo tiempo mi vida, como un ladrón, cuando sonó la hora de dejarla en el Tribunal de Dios?

LOS LADRONES.—¡Dejadlo ir! Busca la celebridad. Da su vida por esa vanagloria.

CARLOS.—Pudieran por esto admirarme. (Después de reflexionar un momento.) Recuerdo haber hablado á un pobre diablo, al pasar, que trabajaba á jornal y tenía once hijos vivos... Se han ofrecido mil luises de oro á quienquiera que entregue al gran ladrón. Puedo servir á ese hombre.

(Vase.)

FIN DE LOS LADRONES.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO